

¡Silencio, por favor!

■ Cuando en aquella reunión, un renombrado médico otorrinolaringólogo declaró muy formalmente su temor de que la próxima generación sufriera de sordera endémica por la tendencia, tanto en lugares públicos como en las casas, de escuchar música a un alto volumen, no faltó el que cínicamente replicara que "para lo que había que oír, no importaba ser sordo".

La verdad es que el ruido ambiente es de tal calibre que ya se está haciendo práctica frecuente el usar tapones en los oídos para protegerlos.

Lo peor, sin embargo, es que el sonido artificialmente creado ya ha impedido casi definitivamente escuchar los sonidos naturales, aquellos a los que los poetas solían dedicar sus más delicados versos.

Del mismo modo que una pintura chillona e inmensa nos impidiera ver el paisaje de la naturaleza, los ruidos producidos por los motores de vehículos, el ulular de las sirenas y la sedicente música popular que nace de miles de aparatos radiofónicos, han puesto un muro casi infranqueable entre el oído del hombre y los tenues y cadenciosos sonidos que entrega el mundo natural.

Durante mis vacaciones tuve una experiencia nueva que me hizo reflexionar en el empobrecimiento auditivo a que estamos sometidos los humanos. Quiso la casualidad que llegara a pernoctar a unas termas situada en medio de un bosque de eucaliptus. Eran pocos los pasajeros que allí había y por no sé qué extraña razón ninguno tenía una radio y en el establecimiento, si la había, ella no funcionaba.

Al salir a dar un paseo antes de la cena mis oídos se fueron llenando de armoniosos y tenues sonidos que no recordaba haber oído. Era el que producía la brisa al deslizarse por el follaje de los árboles, era el del agua del arroyo corriendo quietamente por su cauce, era el que producían grillos y sapos, pájaros e insectos.

Atendiendo a esos rumores uno intuía cómo había sido el principio de la música y del canto, la forma cómo

el hombre primitivo, sobrecogido por esa extraña melodía, había pretendido crear él sus propios sonidos que lo acompañaran. Unos versos aprendidos en el colegio, recién, ahora, decenas de años después volvían milagrosamente a mi recuerdo y, por fin, los entendía.

Eran los versos de Gonzalo de Berceo que en su antiguo español me decían:

"Yaciendo a la sombra perdí todos
/cuidados,

oí sonos de aves dulces y
/modulados:

nunca oyeron los hombres órganos
/más temprados

nin que formar pudiesen sonos
/más acordados.

/doblaban;

Unas tenían la quinta, y las otras
otras tenían el punto, errar non

/las dejaban
al posar, al mover, todas se

/esperaban,
aves torpes nin roncás y non se

/acostaban".

Gonzalo de Berceo escribió esos versos en el siglo XIII. Ya entonces escuchar el sonido de los elementos naturales era algo tan insólito que merecía un poema. Después de él, ha habido poetas que han cantado a la polieromía de la naturaleza y a la belleza del paisaje, pero muy pocos se han detenido en su sonido.

Si el pesimismo del médico otorrinolaringólogo se concretara, si la próxima generación fuera de sordos, pienso que la siguiente principiaría lentamente, de nuevo, a entrenar su oído y, al hacerlo, no creo que se vuelva a cometer el error de nuestra civilización de sobreponer sonidos artificiales a los naturales, hasta el punto de casi extinguirlos.

A través de los sonidos naturales, nos reintegramos al mundo que nos es propio. A través del sonido del órgano y la guitarra eléctrica, nos enajenamos.

Un poco de silencio, por favor. Quiero usar mis oídos para lo que fueron creados.